

PUBLICACIONES DEL INSTITUTO CARO Y CUERVO
SERIE TRADUCCIONES

IX

FLORIAN COULMAS (comp.)

MANUAL
DE
SOCIOLINGÜÍSTICA

TRADUCCIÓN DEL INGLÉS

CISELLA REYES



BOGOTÁ
2013

MARCELA OLBANO
Bogotá 2014

Manual de sociolingüística / compilador Florian Coulmas ; traducción del inglés Gisella Reyes. Bogotá : Instituto Caro y Cuervo, Imprenta Patriótica, 2013.
602 pp. : il. ; 17x24 cm. (Serie traducciones ; 9)

Incluye bibliografía, p. 499-587.

ISBN: 978-958-611-293-2

1. Sociolingüística - Manuales. 2. Lenguaje y cultura - Investigaciones. 3. Lenguas en contacto - Investigaciones. 4. Lingüística - Investigaciones. I. Coulmas, Florian, 1949- comp. II. Reyes, Gisella, tr. III. Le Page, R. B. IV. Verdoodt, Albert F. V. Milroy, James. VI. Milroy, Lesley. VII. Denison, Norman. VIII. Bright, William IX. Bright, William. X. Honey, John. XI. Wolfram, Walt. XII. Wodak, Ruth. XIII. Benke, Gertraud. XIV. Ecker, Penelope. XV. Roberts, Celia. XVI. Street, Brian. XVII. Leitner, Gerhard. XVIII. Schiffman, Harold F. XIX. Myers-Scotton, Carol. XX. Rickford, John R. XXI. Whortter, John Mc. XXII. Colette, Grinevald Craig. XXIII. Brenzinger, Matthias. XXIV. Nelde, Peter Hans. XXV. Clyne, Michael. XXVI. Tabouret-Keller, Andrée. XXVII. Fishman Joshua A., 1926- XXVIII. McConnell, Grant D. XXIX. Stubbs, Michael. XXX. Kasper, Gabrielle. XXXI. Verhoeven, Ludo. XXXII. García, Ofelia. XXXIII. Finegan, Edward. XXXIV. Daoust, Denise.

SCDD 306.44 21ª ed.
CO-BoICC

Elaboró: CRA
Revisó y corrigió: LCMM
Septiembre 2013

© Florian Coulmas (Comp.)
© Gisella Reyes (Traductora)

Instituto Caro y Cuervo
Director General: José Luis Acosta Herrera
Dirección Editorial: Julio Paredes
Diseño de carátula: Víctor Galvis R
Diagramación: Juan Ortega
Corrección: Roberto Pinzón

Primera edición 2013
Serie: *Traducciones IX*
ISBN: 978-958-611-293-2

Impresión:
Páginas interiores: IMPRENTA NACIONAL
Carátula: IMPRENTA PATRIÓTICA
Encuadernación: Doris Padilla y Helena Rubiano
Hecho en Colombia

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida ni en su todo ni en sus partes, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio sea mecánico, fotomecánico, electrónico, magnético, electro-óptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

Lenguaje e
Identidad

para el Tercer

Biblioteca
Española

s-ellos) en la
Ba). La alter-
re las lenguas
ción ambigua

n sie 'raus von

te, que utiliza

er? (Rót, 1985:

enguas.)

ingües

as de diferentes
nicación sobre
o el sur de Asia,
arán grupos de
estructura al igual
e comunicación
es, la lengua do-
tímas generacio-
r las distinciones
ce con frecuencia

a los patrones de
les enormemente
turas del discurso
ar y apropiarse de
encias complejas
les incluyen todas
istemas culturales

una versión anterior.

LENGUAJE E IDENTIDAD

ANDRÉE TABOURET-KELLER

Son los griegos
y egipcios

Identificar: transitivo vs. intransitivo

La lengua hablada por una persona y su identidad como hablante de esa lengua son inseparables. Es cierto que esto es algo que sabemos desde que existe el discurso humano mismo. Los actos de lenguaje son actos de identidad (Le Page & Tabouret-Keller, 1985).

Los griegos identificaban como no griegos a aquellas personas cuyo discurso sonaba como *barbarbar* y los denominaron *bárbaros*; en 1978, en una entrevista de campo en Belice, un Estado independiente desde 1976, después de un largo período bajo el dominio británico como Honduras Británica, tuvo lugar el siguiente diálogo:

DR (el colegial entrevistado): "Well, I would say I'm a Belizean, too. Co... Because erm, born in Belize, you know, I got to know about Belize a bit in history. An' originally, everybody called themselves Belizean, so I call myself a Belizean".

LeP (el entrevistador): "How do you recognize another Belizean?"

DR: "Well, usually in Belize you find the language, the main language you know is this slang that I tell you about, the Creole. And you'd recognize them by that, you know. They usually have this, you know, very few of them speak the English or some of them usually speak Spanish" (Le Page & Tabouret-Keller, 1985: 216).

DR (el colegial entrevistado): [Bueno, yo diría que soy beliceño, también. Por... Porque, erm, nacido en Belice, ¿sabe? Tengo que saber de Belice, un poco de la historia. Y originalmente, todos decían que eran beliceños, así que yo digo que soy beliceño.]

LeP (el entrevistador): [¿Cómo reconoces a otro beliceño?]

DR: [Bueno, usualmente en Belice usted encuentra la lengua, la lengua principal es esta jerga que le digo, el criollo. Y los reconocería por eso, ¿sabe? Usualmente tienen esto, usted sabe, muy pocos hablan el inglés o algunos de ellos usualmente hablan español.] (Le Page & Tabouret-Keller, 1985: 216)

Los dos campos semánticos del verbo *identificar* están ejemplificados: en el primer caso, la lengua se toma como un comportamiento externo que permite la identificación de un hablante como miembro de algún grupo, como es el caso de los no griegos identificados por los griegos como extranjeros por su manera de hablar. En el segundo caso, la lengua se toma como medio para identificarse a sí mismo, como cuando el escolar beliceño se identificó como tal, lo que para él significaba, primero, haber nacido en Belice, y, segundo, pero indirecta y ciertamente con algunos sentimientos encontrados, pertenecer a un grupo identificado también por su lengua, "esta jerga", "el criollo".

Identificar a *los otros* como *bárbaros* es mucho más que apodarlos o nombrarlos. Es establecer un marco dentro del cual se iniciará y, frecuentemente, se desarrollará la relación. Porque implica tanto que *ellos* son diferentes de *nosotros*, como que *nosotros* somos diferentes de *ellos*, y también, aún si no explícitamente, que se presume que ellos también aplican la misma lógica respecto a nosotros. El latín *alter* (o, más tarde, *alter alter*) expresa este complejo proceso de una manera muy sintética y adecuada, enfatizando su cualidad especular. Identificarnos como *criollos* implica, al menos, que existan algunos *otros* con una identidad diferente. Identificar a otros o identificarse a sí mismo es un medio de diferenciación y de oposición.

La dinámica de las identidades

Quizá resulte útil una analogía. La dinámica de la lengua siempre cambiante en polílogos humanos¹ en constante cambio se desarrolla en un océano no homogéneo e ilimitado, que posee un territorio continental, islas e islotes de usos relativamente permanentes basados en un acervo lingüístico dado, también solo relativamente permanente; estas bolsas lingüísticas están ubicadas dentro de arroyuelos y corrientes lingüísticas más grandes. Las identidades personales, aunque no son paralelas ni complementarias de estas variaciones, exhiben, sin embargo, un tipo de dinámica similar (Tabouret-Keller, 1989). En un momento dado, la identidad de una persona es un conjunto heterogéneo constituido por todos los nombres o identidades, asignados a ella o asumidos por ella. Pero en un proceso de toda una vida, la identidad se crea de nuevo una y otra vez, de acuerdo con muy diversas restricciones sociales (históricas, institucionales, económicas, etc.), interacciones sociales, encuentros y deseos que pueden ser muy subjetivos y únicos.

Denominamos procesos de identificación a aquellos procesos psicológicos mediante los cuales se establecen identidades. Aunque primordialmente nos interesan las identidades insertadas en la lengua que descansan en medios estrictamente simbólicos, como los apellidos, por ejemplo, no debemos olvidar que las identidades también pueden explotar materiales escópicos, elementos sensoriales entre los cuales los rasgos visuales parecen ocupar un lugar preeminente². El término global *no verbal*, comúnmente utilizado para abordarlos, exige cautela, pues sugiere que estos rasgos son extralingüísticos, lo que no es exactamente lo mismo, como se hará evidente más adelante. Cada persona explota diferentes niveles de identidades, constituyendo redes más o menos intrincadas y encajonadas, partes de las cuales están sueltas y propensas al cambio y reemplazo frecuente, siendo otras más o menos permanentes a lo largo de la vida y en el espacio cultural y social. Somos identificados y nosotros mismos nos identificamos, dentro del amplio espacio de la sociedad de nuestro tiempo, dentro de los diferentes grupos —institucional, profesional, de amigos, etc.— a los que pertenecemos, dentro del entorno de nuestra casa, nuestra oficina, nuestro automóvil, nuestros atuendos para exteriores, nuestros atuendos para interiores, etc. Buena parte de nuestras identidades abiertas y encubiertas combinan medios simbólicos y no verbales, ciertas identificaciones parecen aislar elementos escópicos de comportamiento como en una imitación postural. El problema de la posible independencia en el hombre de ciertos elementos de comportamientos escópicos o no verbales frente a la inclusión en sistemas simbólicos dirigidos por la lengua continúa abierto. Es un problema central en las teorías

cognitivas y las respuestas a él son aún tentativas, como en una imitación postural. En la sociolingüística, preferimos relacionar e incluir aquello que puede parecer inicialmente comportamiento puramente no verbal en restricciones o tendencias culturales que nunca son independientes de la mediación simbólica.

Debemos subrayar también que, como comportamiento oral, el lenguaje mismo incluye necesariamente elementos corporales que son resultado de los canales fisiológicos por los que tiene que pasar nuestra voz y que le confieren sus cualidades fonéticas, es decir, los extremos superiores de los tractos digestivo y respiratorio. No es de sorprender que el habla y la lengua se confundan tan fácilmente con la vida misma: entre el habla y el acto de respirar o comer están constantemente en funcionamiento muchas asociaciones orgánicas.

Lenguaje e identidad: vínculos complejos

El vínculo entre lenguaje e identidad es a menudo tan fuerte que un solo rasgo del uso del lenguaje basta para identificar la afiliación de una persona a un grupo dado. En el campo de batalla, después de su victoria sobre el pueblo de Efraín, los galaaditas aplicaron una prueba de identidad lingüística para distinguir entre amigos y enemigos: a todos los soldados se les pedía que pronunciaran la palabra *shibboleth*; quienes pronunciaban la primera consonante como [ʃ] eran amigos, quienes la pronunciaban como [s] eran enemigos y, por lo tanto, eran asesinados en el acto (Jueces 12, 6). De ahí que un solo rasgo fonémico baste para incluir o excluir a alguien de algún grupo social. Pero cualquier otro ítem lingüístico simbólico más complejo, por ejemplo, un nombre dado, puede cumplir la misma función. En los noventa, durante una discusión en francés sobre identidad con otros adolescentes francófonos de su edad, una colegiala dijo: "Es mi nombre el que daña todo. Nadie presta atención y, en cuanto la profesora dice mi nombre al principio del año, ¡bang! Los que no me conocen dicen, '¿qué nombre es ese?'. Y tengo que decir que mi mamá es alemana". El nombre de esta chica era un nombre germánico (Varro, 1995).

Lenguaje e identidad: uniones complejas

Estos ejemplos muestran cómo la identidad individual y la identidad social están mediadas por el lenguaje: los rasgos del lenguaje son el vínculo que une las identidades individuales y sociales. El lenguaje ofrece tanto el medio para crear este vínculo como el medio para expresarlo. Tales rasgos implican la totalidad del uso del lenguaje, desde los rasgos fonéticos hasta las unidades léxicas, estructuras sintácticas y nombres personales.

Dos razones principales pueden explicar el estrecho vínculo entre lenguaje e identidad. La primera pertenece a la psicología humana: los procesos de identificación abarcan todo lo que va desde la identificación confluyente de madre y recién nacido a través de la alimentación de pecho o, de manera más general, la lactancia, a la mera imitación de otro, y a la identificación propiamente dicha, en la que alguien adopta, consciente o inconscientemente, un rasgo o un conjunto de rasgos del comportamiento de otra persona. El uso del lenguaje ofrece el repertorio más variado de rasgos y los más fácilmente adoptables para la identificación, cualquiera que sea el significado de tales procesos de identificación y las identidades complementarias para su portador y quienes los observan. La complejidad de tal comportamiento se ilustra mejor con el esfuerzo por complacer a alguien adoptando,

a través de la identificación, rasgos de comportamiento de otra persona que sabemos son apreciados por ella. Ese esfuerzo puede incluir, por ejemplo, cosas tales como una especie de tos para puntuar oraciones como estilo de expresión. Este sería un rasgo objetivo de conducta, pero la identificación involucra también todo tipo de representaciones construidas, como tipos y estereotipos (Giles & Powesland, 1975; Le Page & Tabouret-Keller, 1985: capítulo 6; Tabouret-Keller, 1991).

La segunda razón para la estrecha identificación entre lenguaje e identidad reside en su vinculación por constitución y por ley, como lo ilustra el ejemplo del Juramento de Estrasburgo. El 14 de febrero del año 842, Luis el Germánico y Carlos el Calvo, dos nietos de Carlomagno, hicieron un juramento de alianza en contra de su hermano mayor, quien se oponía a la legítima repartición del reino de su abuelo (Balibar, 1993: 6). Primero, cada uno leyó el texto del juramento en su propia lengua. Luego cambiaron de lenguas: al hablar la lengua romance para leer el texto del juramento, el heredero de Francia oriental la estableció como la lengua de la Francia occidental. El heredero de la Francia occidental hizo lo mismo en el caso de la lengua germánica para Francia oriental, al usarla para leer el texto del juramento. Cada una de las dos lenguas fue legitimada, pero solo en la medida en que se respetara la dignidad de la otra. Todo esto ocurrió bajo la autoridad del latín, la lengua en la que se registra la historia del Juramento de Estrasburgo. En tercer lugar, los portavoces de los dos príncipes juraron fidelidad a la alianza en sus propias lenguas, de acuerdo con un texto que fue traducido textualmente (*eadem verba*) del latín al germánico y al romance. Esta innovación provino de los maestros de gramática y literatura, que decían el texto a los príncipes palabra por palabra. No solo no hablaban romance, sino que era importante que el texto hablado no se desviara del escrito, que era considerado la versión auténtica.

Imponer a una lengua las dimensiones de una institución, de una legitimidad vinculada al poder sobre un territorio y sobre otras instituciones, especialmente judiciales, tiene varias consecuencias. El nombre de la lengua, correspondiente a algún tipo de forma estandarizada —en el caso del Juramento de Estrasburgo, las dos formas creadas por los consejeros gramaticales de los dos reyes, la germánica y la romance— alcanza cierto grado de autonomía en el pensamiento de la gente. De acuerdo con Le Page (1980), bautizar a una lengua la prepara para la cosificación y la totemización, es decir, puede convertirse en objeto y recibir un estatus icónico. La cosificación involucra normalmente algún cuerpo doctrinal (gramáticas, léxico, una literatura), la totemización, la adopción de una lengua como una de las propiedades sociales definitorias de un grupo. Es probable que los miembros de un grupo que sientan amenazada su identidad cultural y política hagan afirmaciones particularmente asertivas respecto a la importancia social de conservar o resucitar *su lengua* (como, por ejemplo, en Gales, Quebec, Bélgica, grupos inmigrantes en toda Europa, y muchas otras comunidades en todas partes del mundo). Vemos aquí cómo el nombre de una lengua, que cumple la función simbólica de representación, sirve a la identificación, tanto al nivel social como individual, donde ella representa, no solo afiliación a una comunidad o grupo, sino toda clase de lealtad: a una religión, a un líder político, a una ideología. El capítulo de Fishman (20) en este libro ofrece muchos ejemplos de la expresión de tales procesos de identificación colectiva.

La identificación mediante un único rasgo del uso de la lengua, como en el ejemplo del *shibboleth*, o mediante un complejo de rasgos, como en el caso del llamado *criollo*, es

solo un aspecto de la función vinculante de la lengua. El otro es que el nombre de una lengua sirve como un rótulo que abarca cualquier tipo de conocimiento intuitivo de lo que pueda ser el "objeto" al que hace referencia —un uso común, un estándar común, una forma idealizada de la lengua, etc. Como tal, el nombre de una lengua sirve como base de identificación mediante un elemento compartido. En tales casos, la identificación con una pareja es mediada, en primer lugar, por el rótulo común y, en segundo lugar, pero no necesariamente, por la identificación directa del comportamiento con otros participantes en la misma comunidad, grupo social, fe, credo, ideología, etc. Otros rasgos de comportamiento pueden ayudar a identificar, por ejemplo, el vestido, una bandera (o cualquier otro símbolo), compartido por personas que nunca hemos conocido antes y que jamás volveremos a encontrar. La lengua misma puede funcionar como un símbolo semejante, por el que algunos están dispuestos a morir o matar.

Fronteras, pero con brechas

Las lenguas y las identidades que ellas conllevan implican generalmente una función de marcación de fronteras: prevalece la misma identidad donde se hable y mientras se hable la misma lengua. ¿Ha sido esto cierto alguna vez? Ciertamente, hoy en día ya no lo es, pero es verdad que cuanto más se perciba una identidad territorial como insertada en el uso de una lengua —por lo general, subsumida bajo un término único que puede designar el territorio, las personas y su lengua— más fuerte será la representación de una unidad de coherencia interna altamente centrada. La fuerza de tal representación no depende de la variación y cambio permanentes en el uso de la lengua: por el contrario, ayuda a pasar estos por alto en favor de una identidad única respaldada por este término único. Esta representación está incluso más centrada cuando la lengua como objeto nombrado —como rótulo de identificación, no como rasgo lingüístico de comportamiento— se convierte, por ley, en la expresión del poder al mismo tiempo en que se convierte también en el principal instrumento mediante el cual se expresa y ejecuta este poder (Weinreich, 1968: 648). Las naciones modernas, que actualmente ocupan casi todo el territorio del mundo, intervienen en la unión idealizada de lengua e identidad. Tienen muchos medios para imponer por la fuerza una lengua a sus ciudadanos, sea a través de la definición constitucional de una lengua nacional, oficial o estatal, o a través de una de las otras tantas formas como el control sobre la(s) lengua(s) permitidas en la educación escolar, el derecho y la justicia, etc. El francés no es solamente el nombre de un territorio, de las personas que viven allí, de la lengua que se presume que hablan, sino que es también, según la Constitución, la lengua del ciudadano del Estado de Francia, incluyendo los territorios de ultramar como Martinica y Guadalupe. Por una paradoja inherente, aunque no abiertamente manifiesta, la formación de Estados depende del discurso (y, en última instancia, del derecho) justificado por la ideología de la lengua materna, y exige la identidad territorial de una población al mismo tiempo que estos Estados, al establecer sus fronteras, ignoraron la lengua que usan las personas y su identidad (Tabouret-Keller & Le Page, 1986: 252). Como resultado de ello, las fronteras entre los países usualmente no coinciden con las áreas dialectales y, por tanto, la mayoría de los Estados europeos, si no todos, incluyen territorios donde se utilizan lenguas distintas a las oficiales. En tales casos, se encuentra todo tipo de distribuciones entre identidad ciudada-

na, identidad nacional e identidad en el uso de la lengua: *español* por ciudadanía, *catalán* por origen familiar, residencia y elección política, hablante de *catalán* pero también de *español*. En un estudio sobre el uso de la lengua en escuelas secundarias de Alsacia, en 1980, se preguntó a estudiantes entre doce y catorce años si creían que era posible ser *alsaciano*, sin poder hablar el dialecto alsaciano; más del cincuenta por ciento respondió *afirmativamente* (Ladin, 1982: 185).

Las situaciones multilingües ilustran los dos aspectos de la identificación por medio de la lengua. Un hablante bilingüe puede ser identificado por rasgos lingüísticos derivados del contacto lingüístico. En ciertas situaciones, esto genera sentimientos de inferioridad, discriminación o exclusión de parte del grupo dominante o, a la inversa, sentimientos de familiaridad, reconocimiento, complicidad entre quienes comparten la lengua o la situación de contacto. La creatividad de los bilingües, especialmente en el lenguaje oral no controlado por el poder normativo de la escritura, se verá reprimida por la totemización de la lengua dominante. El dominio de esta última se considera un testimonio de fidelidad al Estado que la impone, y la integración a una comunidad basada erróneamente en una única identidad lingüística. Tales restricciones lingüísticas apuntan a las dificultades subjetivas que surgen a menudo en situaciones de contacto.

La afiliación grupal como asunto de relativa elección

Las funciones de frontera que ejerce la lengua implican la posibilidad de que las personas estén tanto dentro de su propio grupo como fuera de los grupos de otros³. Tales afiliaciones son de relativo valor, de acuerdo con la fuerza de la identificación con la lengua, tanto como se usa y como rótulo de identificación, o solo como en una de estas funciones. En un estudio realizado por Dabène en Grenoble entre adolescentes cuyos padres eran inmigrantes de África del Norte, uno de ellos dijo: "El árabe es mi lengua, pero yo no la hablo" (Dabène & Billiez, 1987: 76). Al igual que la lengua, los grupos mismos, a través de sus líderes, sus miembros, un credo común y cuerpos sagrados orales o escritos, su prensa y otros medios, pueden cosificar y totemizar su existencia con un nombre idéntico al de aquello que consideran su propia lengua. La filiación a un grupo debe satisfacer algún tipo de necesidad de sus integrantes, pero los grupos no son nada sin sus miembros, y debe subrayarse que los líderes de grupo usualmente tienen una ventaja en la promoción y sostenimiento del grupo. Uno de los medios más fáciles para hacerlo es incluir el nombre del grupo y su atributo en el discurso, para enfatizar la afiliación al grupo al diferenciarlo de otros que no poseen las mismas ventajas, que son fácilmente reconocidos, mediante el uso de la lengua entre otras cosas.

Los grupos, formales o informales, son conscientes de la función que cumple la lengua en la marcación de fronteras y no pueden ignorarla, así sea únicamente por el nombre del grupo. Los nombres funcionan en una doble capacidad de nombrar una organización y cierta clase de afiliación, como en *Cosa Nostra*, por ejemplo. La afiliación a un grupo es difícilmente algo de lo que se pueda prescindir, pero a algunos grupos se pertenece quíerese o no, por ejemplo, grupos de género o edad; algunos son impuestos, por ejemplo, por categorización social; a otros se puede decidir si se pertenece o no, en cuyo caso se tiene mayor libertad para asumir las restricciones que implican la afiliación.

La imagen de la lengua, absorbida por el infante junto con la leche de su madre, es una de las raíces de la metáfora de la lengua materna, que debe su fuerza en parte al hecho de que el recién nacido no puede escapar a la dependencia del cuidado de un adulto para sobrevivir (Tabouret-Keller & Le Page, 1986). En cualquier caso, el grupo familiar es ciertamente un grupo al que se debe hacer frente, incluso abandonándolo. Más adelante, muchos desean unirse a otros grupos adaptándose a su comportamiento, o adoptando aquellos rasgos que se perciben como característicos de él, entre los cuales el comportamiento lingüístico es, a menudo, aunque no siempre, el más evidente. Sin embargo, no es necesariamente el rasgo más importante; prácticamente cualquier producto de la imaginación puede emplearse para propósitos de identificación.

Unirse a un grupo es, en sí mismo, un proceso muy complejo que involucra factores relacionados con la historia más subjetiva e íntima de los sujetos, con su situación y estatus en la sociedad, etc. Por tanto, la identidad es, ante todo, una red de identidades que reflejan los diversos compromisos, fidelidades, lealtades, pasiones y odios que cada persona intenta manejar usando estrategias de compromiso en constante cambio. Estas implican el uso de la lengua para marcar la afiliación de grupo, para revelar fronteras permitidas o prohibidas, para excluir o incluir, etc.

Teorías sobre los aspectos lingüísticos de la identidad

Para abordar el lenguaje y la identidad, debemos depender exclusivamente del lenguaje mismo. Existen, por tanto, dos enfoques posibles: los términos técnicos, como en la lingüística, y los términos metafóricos, como en todas las otras disciplinas y en el lenguaje cotidiano. Esto puede ejemplificarse con cada capítulo de este libro. Los términos técnicos deben definirse y contextualizarse de manera estricta; las metáforas apelan a la imaginación, lo cual no solamente es una gran ventaja en los procesos de identificación, sino también en la investigación científica.

Tanto Giles como Le Page han desarrollado teorías que abordan dos preguntas que surgen aquí: ¿hasta qué punto, la identidad de grupo es un asunto de elección, y cuáles son las condiciones de admisión en un grupo lingüísticamente definido? ¿Qué hay de los sentimientos, motivos o lealtades de las personas?

La teoría de la adaptación de Giles se ocupa de eventos interactivos de comportamiento y se basa en la definición de grupo étnico como "aquellas personas que se perciben a sí mismas como parte de la misma categoría étnica" (Giles, 1979: 253). En 1982, Giles dio las siguientes definiciones de su teoría:

Un postulado básico de la teoría de la adaptación es que se motiva a las personas a ajustar su estilo discursivo, o acomodarlo, como medio para expresar valores, actitudes e intenciones hacia otros. Se propone que el grado en el cual las personas cambian sus estilos de habla hacia los estilos de habla de sus interlocutores o en dirección opuesta a estos, es un mecanismo por medio del cual se comunica la aprobación o desaprobación social. Un cambio en el estilo discursivo hacia el de otro se denomina convergencia y se considera, a menudo, un reflejo de integración social, mientras que el cambio en dirección opuesta al estilo discursivo del otro representa divergencia y, a menudo, se considera una táctica de disociación social. (1982: 105)

Giles, junto con Byrne (1982) ofrecen un ejemplo ilustrativo de su teoría, en el caso de dos comunidades cercanas pero lingüísticamente diferenciadas. De acuerdo con esta teoría, las mejores opciones de que un individuo miembro de un grupo étnico adquiera una competencia casi nativa de la lengua de otro grupo aumentan cuando:

- a. Su identificación con su propio grupo es débil o la lengua de este grupo no es un valor básico para él.
- b. No tiende a pensar que la relación entre los grupos pueda desarrollarse en favor de su grupo.
- c. Percibe que su propio grupo tiene una vitalidad etnolingüística débil.
- d. Su percepción del grupo al que pertenece es vaga.
- e. Se identifica con su comunidad en términos étnicos menos que en términos de afiliación a otros grupos, tales como una profesión.

Con el fin de explicar una serie de datos complejos de comportamiento, Giles introduce un concepto adicional a la teoría de la adaptación, el concepto de complementariedad. La convergencia y la divergencia pueden operar de manera simultánea en diferentes dimensiones lingüísticas. Por ejemplo: "pueden ocurrir cambios simultáneos hacia el otro o en dirección opuesta en una diada, de forma que pueda considerarse totalmente integradora para ambos participantes" (Giles, 1982: 122).

Muchas teorías que aplican a situaciones bilingües tienen similitudes con la de Giles, por ejemplo, las de Wallace E. Lambert (1974, 1977), J. Cummins (1979) y J. Hamers y M. Blanc (1982). Todas ellas se basan en la existencia *a priori* de grupos sociales, étnicos, regionales, nacionales y profesionales, etc. Más generalmente, las situaciones de contacto lingüístico son casos adecuados para estudiar la fusión o disyunción entre lengua e identidad. Algunos de ellos se abordan en otras partes de este libro (véanse especialmente los capítulos de Clyne [18] y Nelde [17]).

Aunque Giles considera que el trabajo de Le Page sobre comportamiento lingüístico en comunidades multilingües es un importante precursor de la teoría de la adaptación (Giles, 1982: 105), la teoría del último difiere fundamentalmente de la de Giles al postular que el hablante crea su sistema lingüístico y actos de habla como actos de proyección (Le Page, 1968, 1978). Por tanto, los grupos sociales no necesitan definirse de antemano; es la existencia de la persona lo que constituye el postulado básico. Para Le Page, es esencial subrayar que "la persona crea para ella misma los patrones de su comportamiento lingüístico de modo que se asemejen a los del grupo o grupos, con los que de vez en cuando desea identificarse, o de modo que se diferencie de aquellos de los que desea distinguirse" (Le Page & Tabouret-Keller, 1985: 181). Los grupos o comunidades y sus atributos lingüísticos no tienen un lugar existencial diferente a las mentes de los individuos, y tales grupos o comunidades residen solo en la manera como se comportan las personas entre sí.

Los actos de habla se consideran como actos de proyección: "El hablante está proyectando su universo interior, implícitamente con la invitación a otros para compartirlo, al menos en la medida en que reconozcan su lengua como una simbolización precisa del mundo, y para compartir sus actitudes frente a él" (Le Page & Tabouret-Keller, 1985: 181).

No existe otro sistema para que el hablante internalice, aparte de aquel que él mismo ha creado, que es ya interno, y es ya la expresión idiosincrásica de esta búsqueda de identidad y rol. En la medida en que sea reforzado, su comportamiento en un contexto particular puede hacerse más regular, más centrado; en la medida en que modifique su comportamiento para adaptarse a otros, puede, durante un tiempo, hacerse más variable, más difuso, pero, con el transcurso del tiempo, el comportamiento del grupo —es decir él y aquellos con quienes está tratando de identificarse— se hará más centrado. Así, los sistemas lingüísticos, tanto en personas como en grupos, pueden considerarse como enfocados o difusos. (Le Page et al., 1974: 14)

Sin embargo, la capacidad que tiene una persona de centrarse con aquellos con quienes desea identificarse es restringida. Solo podemos comportarnos de acuerdo con los patrones de comportamiento de grupos con los que deseemos identificarnos en la medida en que:

- a. Podamos identificar los grupos.
- b. Tengamos un acceso adecuado a los grupos y la capacidad de analizar sus patrones de comportamiento.
- c. La motivación para unirse al grupo sea lo suficientemente fuerte, y sea reforzada o atenuada por la retroalimentación del grupo.
- d. Tengamos la capacidad de modificar nuestro comportamiento.

Mi propia teoría se basa en el postulado de que el lenguaje, sin importar cómo se defina, nos precede a todos al nacer, que el *locus* existencial del *Homo sapiens*, sean personas o grupos, está en el lenguaje mismo. Este postulado fue desarrollado en un seminario realizado en 1987-1988 (Tabouret-Keller, 1989: 15-17). Los procesos de identificación no se contemplan en el marco de una relación dual entre A y B, como si A identificara a B, o A se identificara con B. Más bien: estos procesos se dan en una relación de tres partes: la identificación entre A y B solo es posible en la medida en que ambos tengan acceso a C y sean parte de él.

A, B y C son términos de diferentes cualidades. Los dos primeros representan personas o grupos, mientras que C representa el lenguaje en su función simbólica como el fundamento de la condición humana. De acuerdo con esta hipótesis, para la existencia humana es fundamental una relación tripartita, mientras que una relación dual puede bastar para todas las otras especies vivientes. Excepto en el caso de una identificación estrictamente sensorial, los seres humanos están ligados al lenguaje. A menudo adoptamos rasgos de las maneras y modos de comportamiento de otros, sin ser conscientes o sin tener un conocimiento explícito del proceso mediante el cual sucede. No obstante, tales identificaciones tienen sentido a cierto nivel de conciencia, y aún tendrían sentido si correspondieran a representaciones inconscientes. Tener sentido significa depender de las palabras.

Nuestros diversos ejemplos muestran dos maneras como el lenguaje crea las identidades de las personas. Por un lado, la lengua que una persona habla funciona como un atributo de comportamiento por cualquiera de sus elementos, por otro lado, la lengua proporciona los términos mediante los cuales se expresan las identidades. Ambas maneras están subsumidas en C. En dos Estados actuales que surgieron de la antigua Checoslovaquia, República Checa y Eslovaquia, los políticos de la lengua enfatizan las diferencias entre las dos variedades de la anterior lengua común hablada en el país antes unificado. Esperan que esto posibilite la identificación de cualquier persona, únicamente por un rasgo discursivo

de comportamiento, como ciudadano de uno de los dos países. El comando armado que, el 24 de diciembre, se tomó el Airbus francés en el aeropuerto de Algeria, con la intención de hacerlo explotar, se autodenominó *El-Mouakioune Bi Eddima*, "aquellos que firman con sangre". Esta no es la excepción lamentablemente. El último libro de E. J. Hobsbawm sobre la historia del presente siglo ofrece muchos ejemplos de este tipo, provenientes de casi todos los países del mundo.

Debemos explicar por qué las personas desean ser identificadas por su lengua y su manera de hablar, y por qué desean conservar un nombre que les recuerda una fidelidad que les ordena matar. Un corolario de mi tesis nos lleva a definir la identificación como un proceso del que depende la operación de reunir identidades como constructos sociales e identidades como constructos subjetivos. Las distinciones que hemos presentado hasta ahora se trazaron entre el individuo como unidad social y la persona reconocida en un marco institucionalizado. Necesitamos aquí un tercer término para especificar a las personas como únicas en el sentido de que solo ellas han vivido su propia vida, pueden decir sus propias palabras y, en última instancia, ellas deben morir su propia muerte. Las primeras dos entidades, el individuo y la persona, pueden caracterizarse por una serie de rasgos objetivos, tal como se estudian y describen en la sociología, la antropología y el derecho, mientras que el tercero, el sujeto, puede caracterizarse por la cualidad singular de los procesos mentales, a lo que sea que se refiera esta noción, desde el concepto freudiano de los tres niveles de la mente hasta los modelos sofisticados de la ciencia cognoscitiva contemporánea. Nosotros afirmamos que estos elementos, que crean un nexo entre las modalidades objetiva social y subjetiva individual de la identidad, son en sí mismos términos de identidad. En ese caso, el mismo término funciona al nivel social, donde opera, por ejemplo, como un elemento de integración social, y al nivel individual, donde sirve, por ejemplo, como catalizador de procesos asociativos. Las maneras como se confiere sentido a un término de identidad en diversos ámbitos sociales del discurso no necesariamente coinciden con los valores subjetivos asociados con él. Sin embargo, no todo término de identidad tiene una función subjetiva, y no toda identidad investida subjetivamente se repite en las dimensiones sociales y en el discurso.

Direcciones para futuras investigaciones

Toda investigación sobre lenguaje e identidad comienza con la presuposición de que las identidades tienen sentido, de que son significativas. Aunque se han dado algunas respuestas en términos de las funciones simbólicas del lenguaje y de identidades como elementos arraigados en el lenguaje, la pregunta aún sigue sin responder —para la psicología más que para la sociolingüística—: ¿cómo operan exactamente estas funciones simbólicas? Por ahora, no sabemos lo suficiente acerca de las maneras como las identidades mismas median entre los diversos recursos simbólicos de diferentes grupos, ni tampoco cómo, bajo ciertas condiciones, funcionan como un medio de poder en sistemas sociales normativos.

Hobsbawm (1994: 3) discute el hecho de que la memoria histórica del comienzo de la Primera Guerra Mundial ya no esté viva, y de que "la destrucción de los mecanismos sociales que vinculan la experiencia contemporánea de las personas a la de generaciones anteriores, es uno de los fenómenos más característicos e inquietantes de finales del siglo xx".

A los gobiernos y, especialmente, a los ministerios de Relaciones Exteriores, les recomiendo un seminario sobre acuerdos de paz. Es evidente, por lo que dice respecto a los acuerdos de paz firmados en 1918 y 1945, y por lo que leemos en la prensa sobre los intentos de poner fin al conflicto en la antigua Yugoslavia, que los problemas de identidad son, por lo general, ignorados. Es cierto que la guerra y la paz implican más que identidades perdidas y apasionadamente anheladas, aunque estas podrían bastar para justificar las acciones de una persona o de un grupo. Pero la guerra y la paz no pueden entenderse si se ignora la poderosa función de las identidades. Las identidades tienen un papel que desempeñar en la continuación de la guerra o la paz, por ejemplo, cuando la identidad como enemigo se atribuye a una población entera, como en el caso de los tutsi y los hutu en la actual Ruanda.

Finalmente, sabemos poco acerca de las maneras como funcionan las identidades como medios cognoscitivos o modos de categorización (diferenciación, unificación, clasificación). Como medio cognoscitivo, las identidades sirven para hacer frente a la pluralidad social. Más aún: pueden mitigar, si no resolver, contradicciones subjetivas. No sabemos casi nada sobre las maneras como las identidades subyacen a la exaltación o la *sublimación*, pero sospechamos que ofrecen apenas un puente muy frágil e incierto entre una persona y su sociedad, por ejemplo, cuando se trata de abordar graves problemas sociales como el desempleo. ¿Cómo puede la gente compartir los ideales del discurso que celebra el empleo, el trabajo y la riqueza, cuando tales ideales están fuera del alcance de millones de personas? El vínculo entre el lenguaje y la identidad parece ser uno de los vínculos sociales más fuertes, pero también es uno de los más débiles, especialmente cuando el futuro social es tan incierto como lo es al final del siglo xx.

Notas

¹ De acuerdo con una idea ampliamente aceptada, derivada de la obra de Bajtrín, todo discurso, incluso el discurso interno, es dialógico. El discurso incluye al otro, si no necesariamente a una pareja. Sugiero que el uso del lenguaje, al ser fundamentalmente social, es polilógico y no meramente dialógico.

² *Escópico*, aunque es específico de la visión, se utiliza como término general que abarca todos los procesos de identificación que dependen de datos sensoriales: visuales, acústicos, táctiles, gustativos.

³ En la banda de Möbius puede verse un modelo matemático de un funcionamiento interior y exterior semejante.